

Miguel Ruiz Tintoré

(miguelruiztintore@gmail.com)

Cartas marianas-XII (abril de 2020)

LA DOLOROSA Y YO

Sobre si tenemos suficientemente presente eso tan importante en la vida de Santa María que se llama el dolor



Madre e Hijo en el filo de una lanza

¿Sabremos hacer la contemplación de María al pie de la Cruz? De justicia es que lo hagamos muchas más veces de lo que solemos. Ella, que como Virgen no sufrió dolores al dar a luz al Hijo divino, los sufrió, y acérrimos, al darnos a luz a nosotros.

De siempre su destino estuvo envuelto en el del Redentor. Cuando presentaban al Niño, Simeón auguraba:

"Este ha sido puesto para que muchos en Israel caigan y se levanten; y será como un signo de contradicción —y a ti misma una espada te traspasará el alma—, para que se pongan de manifiesto los pensamientos de muchos corazones" (Jn 2,34-35).



Ella y José ya lo sabrían por los profetas, pero a partir de aquellas palabras, una angustia futura iba a pesar sobre todos los días y a gravarlos de amargos presagios. La vida puede ser un martirio cuando se sabe que el Hijo va a sufrir el martirio. Jesús iba a ser "contradicho" con una espada -o con una lanza- que atravesaría también a su madre.

Así había de ser. Jesús era Redentor con compromiso de sangre, y María no podía -y no quería- quedar ni indemne ni ajena. Y llegó, sí, hasta el final, porque en el Monte que sabéis en el que el Amor ofreció su cuerpo, ella moría -según le

estaba anunciado- en su Corazón, en su alma. Cuando la lanza del soldado atravesó el costado de Jesús, su alma no estaba ya, pero sí estaba la de la madre, y esa sí fue atravesada, como San Bernardo



recordó¹. No separéis lo que Dios ha unido (cfr. Mt 19,6). Cuando Lope de Vega contó el bofetón del guardia (cfr. Jn 18,22), apostrofó a la Virgen diciendo:

"A vos os dieron también,
que el golpe de aquel ingrato
fue trueno al rostro de Cristo
y a vuestras entrañas rayo.

"Porque vos y vuestro Hijo
sois instrumentos aunados,
que cuando tocan el uno,
el otro está resonando"².

La Virgen es, pues, el diapasón de Cristo. "Cuántas lesiones sufrió Cristo en su cuerpo, otras tantas sufrió María en su corazón"³. Y por eso, "como todo el mundo está obligado al

Señor por la pasión, lo está a la Señora de todos por la compasión, esto es, por su acerbísima participación en ella"⁴. Pero reconozcamos todos, aquí mismo y ahora, que pensamos bien poco en la Dolorosa.

Para que llore contigo

Me atrevo a pensar que si lo hiciésemos más y de verdad, al entrar en el abismo del dolor de María, y al comprender que la causa de ese dolor son nuestros pecados y los de nuestros hermanos -de ayer, hoy y mañana-, y al considerar que ese dolor, de la forma que sea -que no voy a entrar en eso-, siguen teniéndolo ahora Jesús y María porque seguimos cometiendo esos pecados, comprenderíamos que la reparación a María y a su Corazón es un elemento necesario de la devoción mariana y, por lo mismo, de nuestra personal consagración de amor. Y nos sentiríamos más urgidos al compromiso en nuestra cotidiana fidelidad, en nombre de esa reparación que nos saldría de dentro, porque dentro llevaríamos un amor al que le duelen los dolores de la Dolorosa. O, en otras palabras, yo no puedo estar tranquilo mientras aquella que amo está llorando.

No hay duda de que la reparación, en rigor, se dirige a Dios y a Cristo. Ello no quita nada al hecho de que se puede dirigir a María, por tres razones como mínimo: que sufrió y sufre María también (y de manera peculiar, distinta de la manera de sufrir Cristo, aunque derivada del sufrimiento de Él); que se trata, sin duda, de dos personas distintas; y que -se mire como se mire- lo que se ofrece a María se ofrece por ese camino a Dios; de hecho, cualquier acto de culto a María, a los santos, a los ángeles, es en último término culto a Dios, a menos que se haga presente una intención muy extraña.

¹ "La cruel espada que abrió su costado, sin perdonarlo aun después de muerto, cuando ya no podía hacerle mal alguno, no llegó a tocar su alma, pero sí atravesó la tuya. Porque el alma de Jesús ya no estaba allí, en cambio la tuya no podía ser arrancada de aquel lugar. Por tanto, la punzada del dolor atravesó tu alma, y, por esto, con toda razón, te llamamos más que mártir, ya que tus sentimientos de compasión superaron las sensaciones del dolor corporal" (San Bernardo, *Sermón en el domingo de la infraoctava de la Asunción*, 14; rec. en íd., *María en San Bernardo*, ed. de Damián Yáñez, Monte Carmelo, Burgos 2009, 139).

² Lope de Vega, *A los insultos, las falsas acusaciones, a las bofetadas y a la prisión*, rec. en íd., *Pasión de Cristo*, ed. de José María Guervós, OPE, Villava (Pamplona) 1962, 51-55.

³ San Jerónimo, *Epistula IX ad Paulam*: Migne, *Patrologia Latina*, 30, 131.

⁴ San Alberto Magno.

Comprometerse, pues, con los dolores de la Dolorosa. Que ellos cuenten de verdad en la vida de quien vive consagrado a María, y que sean motivo para más y mejor consagración. Porque hay muchos motivos. Los principales son nuestros pecados. Además, todo eso que tanto nos consterna hoy al asomarnos a la ventana y mirar hacia el mundo -son, en otras palabras, los pecados también, y con los pecados los hombres que lloran-, a ella la angustia más, y forma la panoplia de las espadas aquellas que la Señora tiene clavadas en el Corazón; la diferencia es que ella no tiene miedo, porque ella tiene fe.

Rezo a menudo unas palabras del himno *Stabat mater* que, traducidas también por nuestro Lope, dicen así:

"Oh madre, fuente de amor,
hazme sentir tu dolor,
para que llore contigo...

"Porque acompañar deseo
en la Cruz, donde lo veo,
tu Corazón compasivo."



Lágrimas de Santa María cuando bajaron al Hijo de la Cruz: enseñadme a llorar mis pecados, que subieron al Hijo a la Cruz.